

RENACIMIENTO Y ESTADO*

Por José Salvador Guandique.

El Renacimiento ha provocado siempre contradictorias valoraciones. La crítica al equívoco del término es insuficiente. Y abundan tesis parciales o arbitrarias, entre ellas, que careció de filosofía, no siendo un sistema sino un espíritu, cuando se inquiriere por su Suma y aun por su Santo Tomás, cual si fuera medioeval.

La exégesis apela ordinariamente a la consideración artístico-literaria, si bien ella no explica ni puede explicar el acontecimiento, ya que lo renacentista es todo *eso*, pero también mucho más.

Sigue la polémica entre supervaloración helénica o continuidad medioeval: por la primera, el Renacimiento surge mera reiteración de la Antigüedad, mientras que, en la segunda, procede de la etapa próxima anterior, sin faltar interpretaciones especiales, como la de que el Medioevo fue heterónimo y el Renacimiento autónomo en desnuda crítica kantiana; que la Edad Media careció de aquel “vigoroso impulso de la personalidad”, mediante el “uomo universale” por la *virtud*, típicos en la etapa renacentista; y ésta en cambio, reafirmó valores subjetivos ante los objetivos o ideales terrenos frente a los eternos o labor humanística, cultura en vez de simple escolástica.

Giro de argumentación tradicionalista hay en Menéndez y Pelayo cuando dice: “Yo entiendo el Renacimiento de un modo más amplio; para mí lo que hubo en el siglo XIV no fue más que el remate, el feliz complemento de la obra de reacción contra la barbarie que siguió a las invasiones de los pueblos del Norte; para mí, la historia de la Edad Media no es más que la gran batalla entre la luz cristiana y la latina y las tinieblas germánicas. . .” “Y obra de Renacimiento hacía el mismo Carlomagno en su tentativa de Imperio; y a la causa latina servía Gregorio VII al poner su

* Capítulo de un libro en preparación.

planta sobre la dura cerviz de los emperadores alemanes. Todo el que en medio de la desmembración y desorden de la Edad Media tuvo un pensamiento de unidad social o científica, fue precursor del Renacimiento. . . ”¹

Difícil resulta unificar dichas afirmaciones. Nada menos renacentista que el Imperio. Contraponer tinieblas germánicas y luz latina no logra aquilatar tan amplio lapso, desde floración italiana hasta el brote alemán.

La versión medioevalista insiste en reafirmar un “renacimiento cristiano” cuyos exponentes —Tomás de Aquino, Dante, Francisco de Asís— protagonizan lo opuesto al enhiesto humanista que también distinguió a Moro.

El repudio a las teorías lineales del progreso —gratas a la mentalidad siglo XIX— no implica un criterio unilateral que retrotraiga las épocas, pues cabe preguntarse en torno de valor originario sin necesidad de recurrir a forzadas analogías buceando manifestaciones renacentistas en los reinos de Carlomagno; que París era en el medioevo ciudad aristotélica y el matematicismo a lo Roger Bacon anticipación cartesiana; que hubo una escolástica “abierta” con Alberto Magno y Buenaventura, elementos bastantes para eliminar tanto la identificación de la Edad Media o del siglo XIII con el Aquinatense, pero no suficientes para probar que el Renacimiento —con mayúscula— apenas siguió a los renacimientos con minúscula.

En contra de corrientes tradicionales existen diferencias incompatibles con la simple reiteración de modelos clásicos, ya que Miguel Angel no constituye neoversión de Fidias ni Maquiavelo un sofista especializado.

La ecuación helénico-renacentista, al extremar cánones artísticos y literarios, opera valiéndose de recursos múltiples, a veces aparatosos, capaces de transformar a los “superhombres” modernos en semidioses griegos, con olvido de que todas las épocas resienten la influencia de la polis y la misma Edad Media se heleniza desde mucho antes del comentario tomista a Aristóteles, pues los clásicos siempre orientaron la mentalidad europea, al grado que los italianos considéranse herederos de Roma, entre otras razones porque su idioma “volgare” desciende del latín, oficialmente consagrado por la Iglesia. Mientras de Constantinopla llegaban reso-

¹ Marcelino Menéndez y Pelayo, *La Ciencia Española*, Ed. Emecé, B. A. T. II, 1946, pp. 305-6.

nancias helénicas del basileus, las mismas ruinas reviven al glorioso pasado, dejando una estela greco-romana. Los conventos atorran o destruyen manuscritos después de una selección no muy acertada. Y los humanistas aprovechan la forma antigua asignándole contenido propio en contra de reglas: “Lo que se dice a veces del siglo de Pericles se aplica también al de Lorenzo de Médicis”².

Con manifiesto descuido de otros aspectos, como la modalidad científica o filosófica, las mutaciones —primer clásico y postrero— o esa perspectiva que en vez de situar al inicio las primeras obras de Leonardo y a la postre las últimas de Miguel Angel, distingue un movimiento italiano, francés, alemán o inglés...

Identificar Renacimiento con antigüedad greco-romana brinda pretextos a lucir erudición y superponer a los máximos exponentes de cada época, tarea que deja por fuera muchos ángulos. Así: la brújula —Gioja— adaptada a la rosa de los vientos en la época dantesca; pólvora y armas de fuego, revolucionando el arte bélico; las lentes, perfeccionadas por Roger Bacon; el alambre, el grabado, la imprenta, el compás; química en lugar de alquimia; astronomía por astrología; Copérnico en vez de Ptolomeo; y —por si fuere poco— el descubrimiento de América.

Tal panorama —inexplicable artística o literariamente— presenta un giro nuevo, más allá de modelos literarios, vocaciones humanísticas, arte “pagano”, invenciones científicas, descubrimientos geográficos, audacias teóricas o aciertos prácticos.

La corriente estético-literaria llega a reducirse al plano sensitivo-visual que sólo toma en cuenta el originario renacentismo plástico, con el Giotto de Padua más que el de Asís; con Cimabue, seguido por Duccio, maravillando a Siena; con rivalidades Brunelleschi-Ghiberti, en Florencia; con Della Robbia y el Varochio, quizá superiores al mismo Donatello; con Fray Angélico, cuyas vírgenes inquietaron a Savonarola; con Boticelli, el de las Madonas...

Tan reducido enfoque deja al margen aun lo literario —Humanismo y Academia— y restringe lo renacentista a puras artes plásticas, olvidándose de Leonardo en su proyecto de desviar el Arno para que Florencia dominara Pisa o de Maquiavelo con su sueño de la “milicia nacional”. Infravaloración manifiesta comete

2 Walter Pater, *El Renacimiento*, Trad. E. Pous, Emecé Editores, B. A. 1946.

Gatlín en su historia de los filósofos políticos: “Podría llegar a afirmarse, acertadamente, que el Renacimiento representó una regresión mental. Podemos suponer, con visos de certidumbre, que así lo resintieron las grandes Universidades, Bolonia, París, Oxford, no sin razón, encarnizados antagonistas de la “nueva cultura”. En lugar de la estricta escolástica, a la que consideraba *demodé*, propia de un Duns Escoto, “Doctor Sutil”, el Renacimiento elevó su admiración por las bellas letras admiración que en el fondo era un afán de descenso después de un exceso de teología. La literatura vino a reemplazar a la “ciencia divina”.

Todo quedaría así minimizado a “bellas artes” o “literatura” cuando ni las primeras substituyen a la lógica y menos la segunda a la Teología. Humanistas —como Poliziano, el del Magnífico— alternan con eclesiásticos fervientes, sin que ni éstos ni aquéllos dejen de ser renacentistas, porque el resentimiento universitario obedece no a polémica directa sino a la labor constante de mentores inquietos, sempiternos adversarios de la enseñanza académica, ratificando que el Renacimiento no es ni pudo ser absurda “regresión mental” sino etapa de tanteo y búsqueda, dentro de la cual el hombre moderno —de Miguel Angel a Hernán Cortés— intuye y propicia una nueva organización política social.

Los helenistas, por el contrario, ansiosos de identificar Antigüedad con Renacimiento, modernizan una, acoplándola al otro. Según ellos, los filósofos elementistas —tan cercanos a las teogonías— buscan “causas”, siendo el pensamiento griego exclusivamente racionalista y la Polis el “Estado” Helénico³.

Tal dirección margina que los presocráticos nunca bucearon causas —cual Bacon o Da Vinci— sino la comprensión del Cosmos mediante un dato primario; y ni Sócrates ni Platón fueron racionalistas a la moderna, pues revisten modalidades muy orientales. En el mismo Aristóteles, prevalecen razones metafísicas sobre las empíricas.

Las “aproximaciones” exageran —además— la independencia del saber jónico frente a religión oficial, empeñadas en que la Atenas de Pericles sea la Florencia de Maquiavelo, mientras hasta el Estagirita, todo conocimiento filosófico crece integralmente por sobre sus disciplinas particulares, la enseñanza desemboca en culto

³ Véase Guandique, José Salvador, *Proyecciones*, Editorial del Ministerio de Cultura, San Salvador, El Salvador, 1957.

o sacerdocio, lo esotérico vence lo exotérico y Jámblico explica a Pitágoras por “cierta inefable facultad divina”⁴.

Burnet afirma que la ciencia no desplazó a la religión; introdujo una sensibilidad diferente, tangencial al panteísmo estoico, al ensayo socrático de armonizar hombres y Cosmos, y al tenaz antropomorfismo, aunque algunos pensadores se burlaran de las divinidades.

Un misticismo *sui generis* —reacio a la razón científica— hizo que Sócrates sucumbiera no ante sus enemigos sino por la seguridad de Atenas, si bien un César Borgia y hasta un Erasmo hubiesen aprovechado la fácil coyuntura de una sentencia injusta para fugarse, como Critón propuso al maestro⁵.

La modernización de Hélade enfatiza lo racional en oposición a lo místico, olvidando que Pitágoras oficia a través del ritmo; pretende suplantar a la reminiscencia para concluir —Schiller— que los griegos “Juzgaron más con la mente que con el corazón”; y pinta calculista al superhombre de Calicles y Trasímaco, evanescente y romántico todavía en Stirner, Carlyle o Nietzsche⁶.

Las disparidades aumentan en la órbita política, gracias a que la Polis —digan lo que quieran los helenizantes— estuvo regida por altos designios y no a la florentina, según reglas de alcanzar o conservar el poder.

La libertad moderna denuncia desconfiada separación entre individuos y autoridad, nunca aristotélico orgullo de intervenir activamente en los negocios públicos⁷, ya que el Renacimiento —al contrario de Grecia que subsume al hombre en la polis— limitase a insertarlo dentro de su Stato, quizá por lo inestable de los poderes tradicionales, tornando al Papa tan negociador que Fernando el Católico reconviene a Alejandro VI por su desmedida complacencia con los marranos.

El ejercicio de ese derecho fue, no sólo dual independencia ante gobiernos extraños y validez de la propia ley de acuerdo con

4 Citado por Vasconcelos José, *Pitágoras*, Ed. Cultura, México, 1921.

5 La verdad es, como lo ha escrito Luis Gil Fernández en sus notas al *Fedón*, que la condena de Sócrates fue debida, no tanto a injusticia de los que le juzgaron, como a imperfección de un sistema judicial y de derecho en el que no tenía vigencia el axioma de nulla poena sine lege.

6 Aquella Florencia que Maquiavelo concibe “naturalmente como un ser vivo” — J. Burekhardt, *La Cultura del Renacimiento en Italia*. Trad. R. G. de la Serna, Ed. Losada, p. 13.

7 “La ciudadanía es el goce de las funciones de juez y de magistrado”. Aristóteles, *La Política* Col. Austral, p. 89.

Maquiavelo— sino pluralista, casi proteiforme: por uso y abuso, Savonarola provocó a Rodrigo Borgia y a Lorenzo el Magnífico endilgándoles aquellos apocalípticos sermones del Duomo; Miguel Angel arremete contra Julio II, cuya tumba originara interminable y pintoresca querrela entre esos dos temperamentos “terribles”; Leonardo —indiferente ante los gobernantes desde Ludovico El Moro a Francisco I— mantuvo siempre una serenidad no exenta de rebeldía; maese Nicolo fustiga a los poderosos, con *Mandrágona* y en su regocijada correspondencia a Vettori y amigos; Benvenuto conservó larga causa de malquerientes, gracias a sus irrefrenables desahogos contra nobles y cardenales, cotidianos en la celebrada e inconclusa autobiografía; Pasquino denosta al Papa y al cardenal Giberti, quienes acuden a Berni para que los defienda. . .

Por sesgos libertarios, Alfonso Valdés —secretario de Carlos V— dialoga en defensa del saqueo de Roma y aunque Castiglione —nuncio en Madrid exige inmediata retractación, el Emperador apoya a su amanuense compensando al airado diplomático con rentas del obispado de Avila; y Aretino —el V Evangelista— desprestigió por igual a Federico Gonzaga, Clemente VII y Carlos de Europa, pues en su criterio “sería más fácil una Roma casta que un libro correctamente impreso”.

Las despiadadas manifestaciones de tales “derechos” —a momentos de pleno libertinaje— indican el apareamiento de una organización político-social que no es ni puede ser medioevo o antigua. Ni polis, ni civitas, ni imperio, ni señores feudales, ni ciudades libres equivalen al Stato⁸.

Surgen brisas vueltas a menudo huracanes en contra de los poderes absolutos: Sátira, epigrama, chiste, panfleto y poemas demuestran la ineficacia de los controles tradicionales. Descartes aplica a las enseñanzas de sus maestros la piqueta demoledora de su duda metódica. Leonardo investiga en cadáveres, infringiendo antañonas prohibiciones. Algo positivamente “nuevo” por sobre humanismo, “vuelta a Grecia” y antítesis entre cultura laica o religiosa, anima obras singulares, entre otras la de Copérnico —por más que fuera dedicada al Papa— o la de Savonarola enfrentada a Rodrigo Borgia cuando envía —30 años antes que Lutero memorable comunicación a los soberanos de Francia y España, propo-

⁸ “Con el Renacimiento Italia ve nacer en su suelo, ya preparado por la historia, la moderna concepción del Estado” J. Jellinek. *Teoría General del Estado*, Trad. F. de los Ríos, Editorial Continental p. 257.

niéndoles un concilio ecuménico sobre reforma eclesiástica. Todo ello evidencia que está expirando la Edad Oscura.

El próximo surgir del Stato liquida esas distinciones artificiales que, en vez de aclarar, complican y desfiguran los acontecimientos, pues ni la Edad Media fue totalmente rural ni el Renacimiento citadino, cual lo contraprueban mutuas interferencias; y el mismo Lutero declaró más conforme con Dios agricultura que comercio.

Tampoco cabe distinguir a la Edad Media por *pasionista* y al Renacimiento por *deshumanizado*; según cuadro del burgués frío en abierto contraste con el caballero medioeval, mediante exégesis romántica que exalta a éste y deturpa aquél.

Tal contraposición sólo adquiere vigencia al revelar una doctrina “estatal” que justifica el mando sin recurrir a potencias ultraterrenas ni a excesos místicos y todavía posibilita éxito en los negocios y esplendor del arte⁹.

El paso de comunidad medioeval a sociedad renacentista, demuestra, a contrapolo, cómo esa nueva entidad construye y dirige, porque los dominios carlomagnescos son indiscutiblemente menos “comunitarios” que las reducidas ciudades italianas.

No vale exagerar la “creación” atribuible al Stato para circunscribirlo a “pura obra de arte”, extremo que se derrumba ante la experiencia de Borgias o Della Rovere, quienes aportaron ciencia y técnica, lo mismo que impulso y pasión, en suma *virtú*, también presente en los múltiples condotieros, por cierto renacentistas natos capaces de poner alma y vida al servicio de faenas cuya inferioridad mercenaria no les quita brillantez ni anecdotario.

La confluencia de arte económico, político y hasta militar aparentando que “todo” está signado por esa modalidad tiene en contrario que no representen lo característico del Estado, sino que éste, al erosionar los poderes constituidos, propicia las manifestaciones artísticas, gracias a su situación de primer empresario capitalista.

Aquel error de perspectiva —favorable al “milagro renacentista”— considera una Edad Media confinada a muy estrechas proporciones. Si el burgo o el feudo controló a la gleba, nunca

⁹ El hombre medioeval, en cambio, “en sus acciones y sentimientos sigue siempre siendo criatura y pone la mirada en un ser desconocido en el cual tiene la querencia”, Jacobo Wasserman *Cristóbal Colón*, Ed. Ultra, Santiago de Chile.

pudo hacerlo, con los nobles, el clero o la incipiente burguesía. La propia competencia económica y comercial alcanzó al final del ciclo cierto nivel, de suerte que solamente a etapas anteriores cabe tildar de quietistas, sobre todo al compararlas con el Renacimiento cuyo crédito impulsa los negocios. No debemos tener al pie de la letra que el feudo medieval abre paso al comercio, ni que la economía “abierta” suceda a la “cerrada”, ni que el espíritu de empresa —quebrantador del dogma del justo precio— extinga los ideales caballerescos.

El impropiamente llamado “estallido”¹⁰, mejor dicho, la inminencia del Estado, ostenta antecedentes contrarios a una Edad Media estática y semiprimitiva, pues semejantes rasgos corresponden a las clases “bajas” y a los primeros siglos, cuando fue doctrina eclesiástica la prohibición del lucro y Buenaventura declaró lícito únicamente el comercio para lograr el sustento. Después, la misma Iglesia busca soluciones que compadezcan tradición y desarrollo, ya que la economía “sin mercado” muda ante nuevos procedimientos. Y en el siglo XIII —el de Tomás de Aquino— los burgueses lucran cuanto pueden.

Un giro especial remata el proceso económico ciudadano, originado por Las Cruzadas expansionando Europa con dirección a Asia, culminante en las ciudades Stato italianas. En otro orden ni Grecia, ni Roma, ni la Edad Media se preocupan por “Justificar” el poder, arraigado en creencias religiosas aceptadas¹¹. La autarquía, pese a la sofística, descansa en los dioses mitológicos. Roma, tal vez por su constante guerrear, jamás se burló de sus divinidades; su tradicionalismo y “antiguas costumbres” no permiten un Xenófanes de Colofón, dado que los sacerdotes vigorizan el *imperium*, aun en circunstancias bélicas, vigente el derecho feodal. Los romanos permanecen fieles a sus manes y lares, mientras la política oficial respeta otros símbolos, antes de que el cristianismo implantara la intolerancia. En el medioevo la teología sostiene: “toda autoridad viene de Dios”, a través de su continua glosa del Estagirita, también sobre el problema de las formas de gobierno. La misma escolástica defiende una ley natural, destello del omnisciente. Y sangrientas y frecuentes luchas entre los gobernantes

10 “Ese estallido del espíritu humano debe remontarse lejos, hasta la Edad Media misma, con sus causas ya claramente insinuadas”. Walter Peter *ob. cit.* p. 33.

11 “El Estado está naturalmente sobre la familia y sobre cada individuo porque el todo es necesariamente superior a la parte”. Aristóteles— *ob. cit.* p. 28; por su parte Glotz: “Este mundillo (la familia) no puede preservar la independencia que constituye su orgullo, ni mantener la solidaridad que le proporciona la fuerza, si no se basta a sí mismo; para hablar como los griegos, la autonomía tiene por condición material la autarquía”.—Gustavo Glotz *La Ciudad Griega*, Barcelona, 1920.

nunca les impidieron cumplir —al menos— prescripciones de culto externo.¹²

En actitud opuesta, los renacentistas dudan o combaten a las autoridades establecidas. Erasmo santifica a Sócrates por llevarle la contraria al pontificado. Humanistas pugnan con los enclaustrados varones, a la sombra de Vittorino de Feltre que todavía en el ocaso medioeval les aporta bases filológicas. Maquiavelo, ante el estupor eclesiástico, predica una “razón de Estado” que encuentra partidarios entre muchos príncipes adiestrados por Marsilio de Padua en las doctrinas contractualistas para fortalecer su *imperium*.

La sociedad renacentista, revolucionaria por lo Stato, cuenta con la *virtú* —“lo que puede el hombre con sus propias fuerzas”, según Burnham en *Los Maquiavelistas*—, presenta especial tradición estoica, reforzada por Aretino o Cosme de Médicis. Y lucro e intelectualismo se desbordan contra una iglesia que protege el pequeño productor no por respeto a anacrónicos prestigios, sino halagando a un testamento que pronto será clase.

En su amplia complejidad sólo el Estado podía “unificar” un fenómeno tan complejo que comprende inicial, bajo y alto Renacimiento o primera cosecha, Italia y segunda Francia, de acuerdo a las categorías de Pater. La Península tuvo un “primer” Renacimiento debido a feudalismo menos acusado; en Francia, Alemania e Inglaterra, los señores opusieron tenaz resistencia.

El definitivo quebrantamiento para la fundamentación supraterrana del poder —palpitante en las lamentaciones alrededor de la perdida unidad europea— denuncia ya una estructura particularista erosionando el declinante mundo medioeval, sea iglesia o imperio.

Si el apoyo religioso se replantea el origen y alcances de la autoridad terrenal, una sociedad que pone en crisis Papa y Emperador y duda del testimonio sensitivo y de la veracidad tradicional, necesita vitalmente de la “razón de Estado”, tenso vínculo entre gobernantes y gobernados, fortalecido por las doctrinas contractualistas —seguridad para los súbditos e *imperium* de los príncipes— como lógico corolario mercantilista.

Triunfa entonces una organización político-social con tendencias revolucionarias, aunque nobleza y alta burguesía sigan fieles

¹² Jellinek define el Estado griego: “Una asociación de ciudadanos una en sí, independiente, que tiene leyes y autoridades propias, siendo a la vez de naturaleza política y religiosa”. J. Jellinek, *El Estado Moderno y su Derecho* vers. esp. Tomo II.—Madrid, 1915.

a sus monarcas pequeños o grandes. Ya el gibelino Marsilio de Padua —contemporáneo del Dante— defiende los derechos de Ludovico en su brega con el Papa Juan XXII. Los sucesores del “Defensor Pacis” admitirán una iglesia sometida a la jurisdicción civil¹³.

Burckhardt tipifica al Renacimiento “descubrimiento del hombre por el hombre” pero más que tal explicitación estética, mero proceso exploratorio, mejor aplicable a Descartes y no a los iniciadores, esa etapa radica en lo *Stato*, superando tradiciones grecorromanas o continuismos medievales¹⁴.

Por primera vez, un poder civil o laico ordena, en nombre de su propia “razón” y no de Dios, una colectividad y organiza sus propios derechos sin recurrir a textos bíblicos o citas clásicas, unos ciudadanos detentan su aparato coactivo independiente de autoridades eclesiásticas o nexos imperial.

La doctrina estatal define ese período que justifica gobierno sin bendición papal, tribunal sin apoyo iusromanista, política sin respaldo del Emperador. Y el Renacimiento prosigue, apasionante y multifacético, ofreciendo su imponderable floración porque inaugura lo moderno que no es obra de arte, ni descubrimiento del hombre por el hombre, ni reiteración greco-romana o continuidad medieval, sino presencia “soberana” del Estado.

El humanismo —operante neodogma laico— contó con aliado y auditorio. No hay en el Renacimiento Sumas, pese a que Bremond inquiera por ellas, debido a que interpretan épocas anteriores. Los humanistas, con nuevo *ethos* y *pathos*, propician el cultivo de las mismas letras clásicas —aún por condotieros excepcionales— en desarrollo de propia cultura, no por mero resentimiento antiescolástico sino bajo los imperativos de una organización político-social, representativa de la labor secularista, al modo de los comerciantes operando sin cortapisas corporativas.

Aquella vuelta hacia la antigüedad— torre de marfil en la exégesis— implica una forma moderna de combatir tradicionalismo universalista. Se ha exagerado el “alejamiento” de los humanistas, quienes dejan la ciudad y buscan la villa, en busca de

13 Ilustrativos son los comentarios a *El Príncipe* tanto de Cristina de Suecia como de Napoleón Bonaparte, Estudio Biográfico por J. F. Nourrisson, Ed. Continental, México, 1945.

14 “Los defectuosos ensayos de “historia cultural” han caído lejos del blanco. Si las descripciones de Burckhardt fueron de género artístico, sus sucesores se enfangaron en detalles anecdóticos”. Karl Mannheim, *Ensayos de Sociología de la Cultura*. Recopilados por E. Mannheim. Trad. M. Suárez. Ed. Aguilar, Madrid, p. 54.

quietud y meditación, sin descuido de los afanes “prácticos” muy al contrario del cenobita enclaustrado pues, a Savonarola, al administrar los últimos sacramentos a Pico de la Mirandola no le impidió luchar abiertamente por su república teocrática.

El cargo de que tales mentores predicán la democracia y practican aristocracia pierde fuerza el examinarse las circunstancias imperantes en aquellas élites, ingrediente necesario de las cortes donde colocan su grano de arena en la elevación “popular”, aprovechando las ventajas del mecenazgo: Lo Stato permite renovar el ambiente cultural sin que sus conductores sean reos de delito¹⁵.

En oligarquías civiles o eclesiásticas los humanistas actúan catalísticamente, aunque lleguen a idealizar a los tiranos clásicos modelo de la dictadura, lo mismo que a las mujeres, eterna fuente de inspiración poética y galante, en radical diferencia con el ascetismo contemplativo.

Múltiples exponentes se acercan o alejan del pueblo así en el uso de lengua vulgar o latín y griego, oscilando entre democracia vulgarizadora y aristocracia estilista, mediante el pleno ejercicio de principios libertarios.

Lo civil, lo laico, lo culto, lo humanista, lo irreligioso, lo rebelde, lo sarcástico, en fin, lo revolucionario, fue viable en vista de la organización estatal, nunca mera obra de arte, a pesar de su elegancia metafórica, cuando un espíritu y una voluntad colectiva minan conceptos y esferas tradicionales. Acaso hubiera podido Descartes criticar la filosofía precedente sin que “algo” preparara el terreno al maestro de princesas¹⁶.

Las lecciones universitarias medievales ceden ante el saber de pedagogos ambulantes. Y el mismo “hombre universal”, capaz de todo, Pico de la Mirandola, César Borgia o Leonardo de Vinci coopera dentro del poderoso factor organizativo, en argumento de que el Renacimiento no es arte supremo o desatado humanismo, sino Stato, sentido y realidad, doctrina e inminencia.

Arquetipos extraordinarios —Isabella o Castiglione— con

¹⁵ Hay que cuidar mucho el alcance de estas transposiciones, muy usuales en la llamada sociología cultural. Nitti, en cambio: “Democráticamente el Estado, por lo que respecta a funciones públicas, no reconoce familias sino individuos equivalentes entre sí y con los mismos derechos”. Franciso Nitti, *La Democracia*, Madrid, 1932, p. 18.

¹⁶ Ver José Salvador Guandique *Proyecciones*, (“Renacentismo Cartesiano”), Editorial del Ministerio de Cultura, San Salvador, 1957, p. 23

apoyo en acrisolada dignidad constituyen centros de élites pre-estatales. El propio Julio II al organizar *virtú* económico-militar, antepuso las armas al arte o a la teología, llegando a Bolonia con séquito que escandalizó a Erasmo, y la estatua miguelangelesca, cuya cabeza cortó Alfonso d'Este, esgrime una espada, no una cruz y menos un libro. Primero *la razón de Estado*: poderío y riqueza; después, humanismo y refinamientos.

Desde luego que el egoísmo burgués participa activamente en pro de esos esfuerzos, a través de un Estamento o clase, muy secundario en la Edad Media. Cierta oposición entre burgueses y pensadores revela disputa por botín que se escapa de manos eclesiásticas o nobles. En lugar de repetir la antítesis medieval clero-trono, ambos sectores —procedentes de la clase media— luchan por imponerse dentro del Estado, posteriormente representado en la monarquía.

La gran burguesía concentra sus ambiciones hacia poder, cultura y arte, y para ella el dinero fue medio y no fin; y después de sacrificar por completo libertad a seguridad, busca prestigio y distinción cuando la abundancia de sus rentas se abocan al lujo. Los humanistas explotan su obra valiéndose incluso de los Mecenas. Lo Stato otorga facilidades tanto para el enriquecimiento como para la jerarquía social. Y los burgueses pueden coaligarse con clero o nobleza siguiendo su particular conveniencia sin miedo a obscuro origen, en virtud de que nobleza y clero quieren aliados y no enemigos.

Las llamadas ciudades-libres brindan posibilidades y garantías. Así Miguel Angel escribe —con mal disimulado orgullo— a su sobrino Leonardo: “todos saben que somos de la antigua burguesía florentina y tan nobles como el que más”¹⁷. Y tan arrogantes ciudadanos muy pronto le ganan la partida a una aristocracia parasitaria esterilizada en el Código Social castiglionesco, a ratos estéril o frívolo.

La burguesía —al perder fuerza el régimen corporativo— el cual le permitía adquirir cómodamente productos agrícolas, necesita con urgencia, de la embrionaria organización. De allí que sea inexacta o por lo menos exigua, la descripción de ese personaje tímido, ahorrativo y conservador, cuidadoso del rango de la familia y del acrecimiento de la firma, porque comerciantes y pres-

¹⁷ Citado por Romand Rolland, *Vidas Ejemplares*.

tamistas, conjugándose muchas veces al lado de la Iglesia y en contra del imperio o de los nobles, —capitanes de empresa, ansiosos de ganancias, capaces de negociar a mansalva en paz o guerra—, enriquecidos por los cánones o dispuestos a otorgar amplios créditos, coadyuvan continuamente a la corriente pre-estatal: la burguesía expande ese espíritu “individualista” que liquida las trabas corporativas hasta convertirse en factor preponderante, por sí o en unión de otras clases dominantes, casi en paridad de condiciones.

Las ciudades italianas anuncian al Estado, pero aún solo son, como la burguesía contribuye a que aparezca sin protagonizarlo. Esas “ciudades-Stato”, entre ir y venir de Ligas y fragor de combates, no fueron estatales, aunque pugnan fieramente por serlo. De otra manera serían inexplicables ensayos similares al gobierno civil y universal, predicado por Savonarola. Y que a Maquiavelo —oyente del profeta desarmado le doliera esa unidad de Francia o de España frente a la dispersión italiana.

Los testimonios concluyen al ritmo de innegable afán de estabilidad y coherencia político-social, tantas veces encubierto por los ropajes de la retórica, rivalizando con aquella íntima desconfianza, desde la duda cartesiana al consejo de Leonardo, quien quería siempre coger al Hado por delante ya que por detrás era calvo, ratificado en la alegoría maquiavélica de la Fortuna poco conocida y sin pelo en la nuca y la insistencia de Pontano sobre que ni el genio ni la previsión pueden contra la Dicha...

Esa “crítica” moderna, a lo cartesio, del pensamiento antes de pronunciarse, ilustra las circunstancias sociológicas, cada vez más propicias, para el hombre universal y “su” organización, en lugar de ambiciones teocráticas o sueño imperial. Maquiavelo deseó que César o Leonardo cumplieran preceptos éticos, pero desgraciadamente no les era posible. Y cuando Pastor alega que el material estadístico incompleto de la Italia renacentista impide concluir sobre su estado moral, apenas nos introduce en hazañas de audacia y cinismo. El hombre universal crea sus propias leyes en el Stato.

El Estado genera una sensibilidad amoral más que inmoral, sensualista más que viciosa, descuidada más que nociva. Libelos, cartas y charlas registran hechos lascivos o vergonzosos. Maquiavelo relata a sus amigotes variadas conquistas femeninas, refocilándose en los detalles. El magnífico señor Savela recibe misivas que describen pasajes escabrosos para el Papa y su hijo, sin perder por

eso la amistad del Pontífice. Esa “alegría de vivir” sintomatiza una liberación de controles y censuras. Aretino, censor del gran mundo y nuncio y profeta de la verdad, según su soneto al retrato del Ticiano, pudo entonces vilipendiar nada menos que a Carlos V y Clemente X, y autoconsiderarse si no un semidiós, un tercio de dios, “títulos” que no impidieron, en sus venecianas postrimerías al mismo Emperador, considerarlo digno del capelo cardinalicio.

El humanismo predica incansablemente la abolición de normas morales o reglas religiosas. Papas y príncipes toleran por sus méritos artísticos a reconocidos delincuentes. Y las mujeres hacen feminismo activo, entre ellas, Isabella D’Este —la prima donna del mundo, en Mantua— su cuñada, Elizabetta Gonzaga, en Urbino y la misma Lucrecia Borgia, en Ferrara, señoras figuras de un “ejército” poderosísimo, bastante superior a nuestras casi inofensivas sufraguistas.

Riqueza y poder, juntos y preponderantes, cambian perspectivas y transforman valores. Ludovico de Milán alegó que nunca había visto a Italia, al reprobársele, en nombre de la Patria, su alianza con el invasor Carlos VIII. La estirpe de Leonardo no le cura de servir propósitos bélicos. César es casi un Garibaldi pontificio; y Fernando de Aragón el Político, más que el Católico.

Tal “desbordamiento” indica la inminencia de cardinales acontecimientos, alentados por la meditación cartesiana, fin del hombre universal con *virtú*, rebelde a credos, tradiciones o dogmas. Y entonces el Renacimiento se encontró, de improviso, ante un mundo de horizontes ilimitados. Por eso resulta búsqueda, incertidumbre y aventura. Descartes, plenitud y vidente, interpreta lo Stato, refutando la metafísica escolástica, las enseñanzas de sus maestros y aún el dato sensible. La duda metódica precisa fórmula renacentista, no mera reversión antiescolástica. Y cuando el Cartesio escinde al hombre: cuerpo —cuya esencia es extensión y alma— cuya esencia es pensamiento— dualidad irreductible planteada por su real discípula Isabel de Bohemia, responde con tan singular antropología filosófica a imperativos modernos, en oposición al planteamiento aristotélico— tomista ¹⁸.

Abundan los pioneros en avance científico con intensidad inu-

¹⁸ En Descartes la idea de Dios y del alma jamás han estado en los sentidos. El yo cartesiano es una sustancia cuya esencia y naturaleza toda es pensar. De allí la distinción radical entre alma y cuerpo. Consúltese, Descartes, *Discurso del Método*, cuarta parte.

sitada. Sólo el advenimiento de una organización político social consigue amparar tantas y tan abundantes manifestaciones, impensables en la Edad Media. Método responde a “ciencia experimental”. Da Vinci tiene fama de brujo, ganada por extraños análisis en nombres y animales. Los teólogos resultan víctimas de una crítica agresiva. Los matemáticos apoyan a las disciplinas naturales. Y un criterio “laico” determina los aspectos fundamentales del saber.

Historiadores —“cosmopolitas” y “nacionalistas”— impulsan la investigación, antes crónica o relato. El Humanismo *descubre* los clásicos, precursores de los Summas: Aristóteles pierde autoridad ante Platón. El neoplatonismo polemiza en vulgarización de los Diálogos para olvido del Estagirita, pues el iluminado de Suabia rememora la alegoría de la caverna. En algunos monjes aparece giro extraescolástico cual brisa juguetona que amagara el sistema. La *Utopía* insular versión de *La República* —maliciosamente considerada impracticable por el mismo Moro— abre brecha en el repertorio clásico. Los humanistas pactan con la sofística sin recabar permiso de Tomás: Calicles y Trasímaco deambulan por *El Príncipe* o *El Elogio de la Locura*. Vigorosa dialéctica platónica antimedioevática. Cosme de Médicis ordena traducir al demiurgo ateniense. Surge una academia, con sede en Florencia. Pico de la Mirandola divulga, entre otras muchas cosas, que Platón apunta al cielo y Aristóteles a la tierra. La renovación de los estudios helenistas utiliza el mágico estilo, patrimonio exclusivo de los literari. El magistral discípulo socrático polariza a los pensadores refractarios al tomismo aristotélico. Y la “vuelta a Platón” —preparada desde el medioevo por los neoagustinistas— acrecienta a su modo la revolución filosófica coperniquiana.

A pesar del neoplatonismo innegable, el Renacimiento no constituye “deficiente reiteración de la Antigüedad”. Según Arnold: todas las épocas inciden en los temas helénicos. El mismo Medioevo tuvo su Aristóteles —Platón, renovados en cristiano por Tomás y Agustín. Y Erasmo heleniza como Lorenzo de Valla ciceronizó.

Tampoco en estilos artísticos son decisivos las neoplatónicas, porque el arte popular patrocinado por la nueva clase media—obedece a necesidades inmediatas, erigiendo monumentos al impulso de los cabildos ciudadanos.

La neoplatonización no explica las dimensiones de una labor

pública, como el Campanile de Florencia, proyectado por Giotto el amigo del Dante, y la cúpula —modelo de modelos aún del capitolio Washingtoniano— querrela entre Ghiberti y Brunelleschi; renuncia del primero ante el temor de un derrumbe, y gloria del segundo. Todo para que la ciudad Médicis adquiriera una nueva colina rival de las naturales ¹⁹.

Las ciudades-libres —Venecia y Génova— cuidan de su ornato, con independencia de los Marsilio Ficino, cuyo neoplatonismo no le impide elogiar al soldado de Cristo —Girolamo Savonarola— o de los Picos de la Mirandola, convocando a un congreso mundial de eruditos en busca de concenso filosófico-religioso.

A pesar de catedrales, cúpulas y culto externo pomposo en el Renacimiento —muy al contrario de Hélade— los gobernantes ya no recurren a la divinidad, tangentes al laicismo contemporáneo. Aquellos mármoles obsesionantes en Miguel Angel que lanzaron a Shelly a un “vuelo de fuego” no apuntan a lo alto sino hacia hazañas terrenas. La arquitectura abandona suprarrealidades, antiojivalmente. En las representaciones artísticas de Dios y de los santos campea cierto aire profano. El hombre del Renacimiento —noble, burgués o condotiero— *crece irreligioso*, por más que Buonarrotti sea católico, casi fanático, la catedral florentina constituya asunto de la República y Savonarola predique una teocracia *sui génesis*.

La tesis que coloca a lo Stato radicalmente está expresada por Maquiavelo en sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, cuando explica cómo Numa, sucesor de Rómulo, “recurrió a la religión cual cosa absolutamente necesaria para mantener el orden social”, y añade: “suprimir la religión equivale a hacer caso omiso de los pilares que sostienen el gobierno”. Un credo instrumental y no primario pronto conducirá a cierta progresiva secularización (de Giordano Bruno a Galileo) siguiendo la hipótesis heliocéntrica, según el prólogo a la primera edición del libro de Copérnico —Nuremberg 1543— simple “procedimiento cómodo”, al amparo del semirracionalismo clerical de Tomás de Aquino, quien desarrolla su propio sistema en aras de un saber menos místico.

19 “Y en Florencia, pudo, de esta suerte, surgir una emulación parecida a la que hubo en el mundo antiguo, en virtud de la cual se trataba de construir monumentos que testimoniasen la propia grandeza y que fueran dignos de los antiguos, si es que no los superaban; en suma, se trató de dejar mojones que diesen fe de la gloria y esplendor de esta nueva *polis*”. Alfred Weber, *Historia de la Cultura*. Vers. esp. L. Recaséns Siches, F.C.E., México, D.F. p. 310.

Hay autores que afirman a Maquiavelo como el definidor de la política sobre la base de cuestiones con el escolasticismo que incluye lo político, último capítulo de lo ético ²⁰.

El aserto olvida que la escolástica nunca estuvo tan divorciada de la realidad: aquella noción aquinatense de ley por citar un caso, más filosófica que jurídica, apunta al “bien común” en concreto y no en abstracto. Y luego Suárez a través de concepto más jurídico que filosófico, (“precepto común, justo, estable, suficientemente promulgado”) reconoce al poder estatal, en evidencia que su *De las Leyes y de Dios Legislador* es renacentista, no medieval ²¹.

El concepto de que Nicolo —dicen otros tratadistas— se opuso a la idea del derecho natural admitida generalmente poniendo, en su lugar, la concepción de la ley como norma positiva, creada por el soberano y amparada por la fuerza física” —Gettel— pierde originalidad al contrastarlo, no con el iusnaturalismo medieval sino con el derecho natural suarista de contenido concreto, el análisis vitoriano a los títulos de la conquista de América frente al orgullo de Felipe II o el tiranicidio defendido por el jesuita Mariana. Tal cruce de posiciones demuestra, a las claras, que ni la escolástica moró en las nubes, ni Maquiavelo merece llamarse mero “práctico”.

La exégesis pierde el auténtico sentido del Florentino cuando lo avisora fuera de su ángulo. Si *El Príncipe* no representa desarrollo biográfico de César o Fernando, ni los *Discursos* sólo acatan a Tito Livio, queda la oposición entre ambos maquiavelismos (doctrina tiránica y sistema republicano) enfatizada a través de la circunstancia que sería antipsicológico para un autor elaborar, el mismo año —513— dos libros antagónicos ²².

Además —por encima de la dedicatoria de los *Discursos* a Buendelmonti y Rucellai— Maquiavelo fungió “republicano”, por sus años como secretario de la cancillería de Florencia y del Consejo de los Diez, experiencia que no pudo estar ausente de su

20 El polifacetismo del Florentino ofrece variados calificativos: “Ensayistas, en el moderno sentido de la palabra, también los hubo en el Renacimiento, como Maquiavelo con *El Príncipe*, Erasmo con su *Elogio de la Locura* y Guevara con su *Marco Aurelio y otros escritos*. Robert G. Mead Jr. *Breve Historia del Ensayo Hispanoamericano*, Manuales Studium, México, 1956.

21 Ver José Salvador Guandique, Obr. Cit “Francisco Suárez, Jurista del Renacimiento” p. 161.

22 “Los principados se oponen a las Repúblicas, que constituyen el objeto de los *Discursos* sobre Tito Livio”. J. J. Cheevalier, *Los Grandes textos políticos, desde Maquiavelo hasta nuestros días*. Ed. Aguilar, Madrid, 3ª Edición, 1957 p. 11. Cabe preguntar ¿se oponen o se complementan? Y es lo segundo.

obra. Ambas producciones armonizan dentro del Estado —al cual Bodino atribuyera con posterioridad “soberanía”— porque los *Discursos* son doctrina general y *El Príncipe* metódica específica, casi meros consejos al gobernante.

El Florentino fundó —también con *virtud*— lo Stato antes que el Cartesio redescubriera al hombre universal. La organización política —social característica de la época moderna precede a la anunciación del pensamiento como “piedra filosofal”, en trayectoria que va de Florencia a Suabia, por más que Renato —a diferencia de Nicolo— fuera en la vida cotidiana mucho mejor maquiavelista, pues en lugar de malgastarse infructuosas embajadas bajo constante apuro económico, se ocupó en disertaciones cortesanías, maestrazgo de reinas y turbulenta conjura en sociedades secretas.

Maquiavelo y Descartes fueron inmanentistas cada uno en su terreno: así radican la política en el Estado y lo filosófico en el *cogito*, sin otro fundamento ni recurso... *El Príncipe* asigna a la religión escueto valor social, en paralelo con las *Meditaciones Metafísicas* que afirman a Dios idea clara y distinta por excelencia, si bien dejan ruta abierta a un cartesianismo ateo. Y su eficacia de perennidad resurge en la disquisición actual siempre neo o anti-cartesiana,²³ a través de interpretaciones realistas que pretenden mejorar *Las Reglas para la Dirección del Espíritu* o discípulos, declarados Husserl y Valéry en franca competencia con “descendientes” como Malebranche y luego Leibniz, lo mismo que Napoleón, quien conservó *El Príncipe* texto de cabecera o Mussolini dedicando una tesis al Florentino, mientras amplía literatura o anti-maquiavélica hace a la *virtú* —en cumplimiento de los versos petrarquianos— “tomar armas contra la Furia”.

Y frente al giro crítico, Maquiavelo reivindica a Aristóteles por haber aportado más metafísica que política, en la formación de la ideología medioeval. Los Escolásticos con alumnado no los excepcionales, a quienes Naptha moderniza en *La Montaña Mágica* ante el asombro de Settembrini —exageraron el tomismo aristotélico en detrimento de la dialéctica platónico-agustiniana, también apta para defender— aún ortodoxamente los misterios cristianos.

El Renacimiento acelera marcado inconformismo ante la silo-

²³ Hay también una interpretación neotomista del cogito. Ver Regis Jolivet *El tomismo y la crítica del conocimiento*.

gística, neoplatonizado con Pico, Cellini, Alberti y numerosos grupos organizados antimedievalmente. El mismo afán enciclopedista siglo XVIII encuentra génesis en la rebeldía del “hombre universal”. Un movimiento liberador de los frenos medievales apunta hacia la respuesta estatal. El humanismo realiza victoriosa lucha contra la tradición universitaria, a ratos verbalizante. Una alegría del vivir ignora clérigos o legos para distinguir cultos o incultos, entre la carcajada de Rabelais, el cinismo aretiniano o la ironía de Erasmo, en satisfacción de exigencias terrenales y no con los ojos fijos en el más allá o vida eterna. Tal diáspora imposibilita esa Suma, ansiosamente reclamada por Bremond. Inquietante problemática fórmula interrogante sin trabas ni censuras. Por todas partes soplan vientos más que de fronda, al modo como el multifacetismo dialéctico combatió el sistema lógico o los “místicos” de la Edad Media reaccionan frente a la razón tomista, tildándola de introducir “idolos en la casa del Señor”.

En monótona salmodia la exégesis insiste en que Maquiavelo independizó la política de la ética con olvido de variados antecedentes: Bajo el monto de la prudencia se fue desvinculando gradualmente la llamada vida pública de ciertos principios morales. Así la usura —condenada por la primitiva doctrina cristiana sufre temperamentos y atenuaciones, debido a presiones capitalistas. Determinados consejos prácticos y el “casuismo moral” deciden los problemas según criterio flexible. Cuando Nicolo escinde política de ética, sintomatiza la ruta del Estado (no del *Moderno*, porque no hubo otro), respondiendo a imperativos urgentes de lucha por el poder.

El Florentino estudia al político *químicamente puro* (César Borgia o Fernando de Aragón) no al de Castiglione, por su conexión inmediata con el mando, dialéctica dirá Heller siglo después ²⁴.

Fernando supera a César mientras crece el entusiasmo maquiavélico por el astuto aragonés. El mismo Napoleón en sus conocidas notas a *El Príncipe* dice, con cierto dejo de envidia: Fernando fue más feliz que yo o tuvo ocasiones más favorables. Nicolo siempre halló algo grande y extraordinario en sus acciones, porque desde luego tuvo capacidades de organizador que faltaron al Borgia. Genio múltiple, poseedor de una larga paciencia, como quiere

²⁴ El gobernante debe ejercer la virtud —ambición o impulso sin restricciones morales obstaculizadoras, ni temor a perpetrar actos “odiosos” conforme el criterio común, ya que ante todo y sobre todo, opera la razón del Estado.

Balzac, finge proponer cuando ya ejecutó. El real consorte de Isabel la Católica ejemplifica *la razón de Estado* en movimiento, para bien de España.

Maquiavelo busca en sus príncipes no el arquetipo teórico sino la eficacia activa. España y Francia ocupan rango superior —afirma— por ser reinos establecidos, agregando que, en Italia, poco o nada puede esperarse salvo lo que dé de sí la audacia o la violencia de un gran hombre que sea capaz y esté dispuesto a todo para hacerla prosperar. De allí que el maquiavelismo —diga lo que quiera Janet— no pudo desnaturalizar a la monarquía y menos a la francesa.

Ya el Dante proclama un “principado único” —tabla de salvación para una península agriamente dividida— cuya postración lastima las páginas postreras de *El Príncipe*: “Véase cómo Italia implora a los cielos para que le envíen un redentor que la libere de esta crueldad e insolencia bárbaras...”

Nicolo impetra que “un hombre prudente y virtuoso introduzca nuevas instituciones que resulten honrosas para él y beneficiosas para la gran masa de la población de este país”.

César y Fernando traducen —en contra del rango arquetípico atribuidos por comentaristas ingenuos o interesados— la tesis estatal, muy peligrosa de exponer en abstracto.

La nueva organización adquiere en los anhelos renacentistas *ethos* y *pathos*, configuración y elementos, en busca de un poder verdadero, envidioso de la potencia francesa o española y dolido por la desunión itálica. Si se quiere ser Estado, meditaba Nicolo en San Casciano durante amarga postergación, no basta territorio ni gobernantes. Es indispensable unidad propia, “soberana” dirá Bodino.

Maquiavelo admiró a César Borgia, no tanto por su magnetismo personal, sino por considerarlo capaz de cohesionar la dispersa península, en alto sentimiento compartido por Leonardo: Ese Borgia era digno de poner en ejercicio *la razón de Estado*, o principio jurídico público.

El análisis de lo Stato —exigencia y teoría— proyecta luces sobre la obra maquiavélica, ya que Nicolo nunca fue historiador a lo Gianotti. Tito Livio solamente le sirve para el estudio de la jerarquía romana, al grado que por ésto el secretario de la Re-

pública no se detiene a refutar ingenuidades, dado que le interesa la obra en general y no ciertos detalles discutibles, o erróneos, atento a “la experiencia de la organización política más semejante a la perfecta”. Tan magnífica lección permite a *El Príncipe* perfilar diseño al Stato. Maquiavelo fue un político —en alto rango del término— no un profesor de historia...²⁵

La concreta razón de Estado sirve mejor a la mecánica gubernamental formulada autarquía por la soberbia griega. Maquiavelo tuvo, además, el influjo romano, desde luego casi inmediato por Tito Livio, pues en aquel gris retiro de San Casciano, al tener oportunidad de escribir el “pequeño libro” —así escribió a su amigo Vettori, con el fin de obtener un empleo de los Médicis releyó sus autores y, muy posiblemente, a Aristóteles, aunque cautelosamente finga ignorarlo.

Y la contra prueba radica en el traído y llevado inmoralismo atribuido a *El Príncipe*. Aristóteles no identifica política y moral, cual quisieran algunos exégetas dejando resquicios a una corriente que reconociera exigencias a la realidad. Maquiavelo adapta tal línea, independientemente de que se siga considerando su inmoralismo a modo de rasgo típico.

En contra tenemos que el Florentino no fue inmoral por sistema, incide en un amoralismo concreto sin defenderlo, negándole, por tanto, categoría ética: “quien quiere ser un hombre perfectamente bueno, se halla contada evidencia en peligro en medio de aquéllos que no lo son. Es necesario que el príncipe aprenda a no ser siempre bueno, a fin de que aplique o no, según le convenga, tomadas en cuenta las circunstancias, estas máximas. “Virtud es mérito privado y personal. Virtú condición pública. Y ser gobernante no equivale a buen padre de familia. Cabe la posibilidad para intachables fundadores de religiones o repúblicas, si bien, en la práctica, “muchos prefieren ser tiranos” apuntaba la milicia florentina²⁶.

El Renacimiento no padeció de excesivos escrúpulos: Borgia y Della Rovere siembran de hechos delictivos el término que duró su rivalidad, culminante en Alejandro VI y Julio II y la tercera

25 El dilucidar si el Florentino leyó al Estagirita sería bizantinismo si no mediara su acentuada preocupación, no por el imperio, sino por la jerarquía romana, cuyos antecedentes en la autarquía helénica, aparecen inferidos del comentario aristotélico.

26 Por eso afirmamos, a contrario sensu, que “la exageración de la antítesis individuo-Estado, resultante de una serie de transformaciones medioevales y sobre todo renacentistas, es indebidamente transplantada al mundo griego”. Véase José Salvador Guandique *Realidad y Sentido del Estado*, México, D.F. 1945, p. 26.

de los Médicis, León X y Clemente VII. El crimen como arma política no puede atribuirse a Nicolo. César exterminó a los duques de Gandía y Biseglia y a Astore Manfredi, tirano de Faenza, contando con la complicidad o indiferencia de Alejandro VI, aunque los dos primeros “casos” quedan en “cuestión” familiar; y Julio II, quien pretendía ser más recto que los Borgia se resignaba al asesinato de un favorito, el cardenal Aldosi, perpetrado por su pariente Francescomaría de la Rovere. Tales hazañas dejan atrás muchos pasajes maquiavélicos. . . ²⁷

Italia continúa acéfalo: Ni César Borgia ni Giovanni delle Bande Nere, jefe de una liga que el Florentino a diferencia de Guicciardini, considera eficaz aunar muchas facciones, pueden conseguir la ansiada unificación, inalcanzable para el dinámico Julio II, el abúlico Clemente VII, y el esforzado Giovanni de Médicis, llorado por Aretino, como prototipo de la fe, antiguo y verdadero nervio de las batallas.

La península continúa en crisis, codiciado botín de cercanos Statos. Francia, a consecuencia de la Guerra de los Cien Años, organiza un ejército regular bajo Carlos VII y con Carlos VIII somete la Bretaña, e invade Nápoles en la primera empresa política del Estado, —no del Moderno, pues no hay otro— mientras Alfonso de Aragón domina las rivalidades hispánicas al ofrecerles órbita netraoceánica, en aquel alterado siglo XVI en que el pintoresco Vasco Días Tanco de Frenegal, sentencia: los seis aventureros de España, y como una va a las Indias, y el otro a Italia, y el otro a Flandes, y el otro está preso, y el otro anda en pleitos, y el otro entra en religión, concluye en forma categórica: como en España no hay más gente que estas seis personas sobre dichas. . .

Francia y España aventajan a Italia en la ruta estatal. He allí la acariciada ilusión del hombre providencial —maquiavélica o aretiniana— en vez de rasgo romántico, urgencia ineludible, palpitante aún en los condotieros. Y —tal vez por esa falla— toca a los italianos elaborar la doctrina del Stato.

El Estado Moderno de los tratadistas mejor expresado a secas, sin calificativos —porque ni polis, ni civitas, ni iglesia, ni imperio, lo fueron— aparece, si nos atenemos a tesis aceptadas, en las ciudades italianas, siendo elegante y hasta filológico —Stato-

²⁷ Siegfried en el prefacio a J. J. Chevalier de la obra citada dice: “Precisemos: un moralista no es, felizmente, uno que hace moral, sino alguien que discute las condiciones de la conducta... Desde este punto de vista, Maquiavelo, Guicciardini, Montesquieu, son moralistas políticos”.

Firenze, Stato Venezia— defender tal génesis. Pero dichas ciudades —nexo entre la Edad Media y la época moderna— no forman todavía el Estado, pese a su *virtú* de serlo, protagonizando sólo un lapso anunciador ²⁸.

Los factores capaces en un futuro próximo, de originar el Estado operan ya dentro del rutilante espectáculo y la acrecentada riqueza de las ciudades “libres” ansiosas de dirigir una entidad “particularista”, la cual venga a librar las supervivencias medioevales.

La doctrina pre-estatal consolida un poder laico, irreligioso y “soberano” (teorizado por Maquiavelo y sostenido por Bodino en sus *Seis Libros de la República*) debiendo reconocerse el concurso de las ciudades semi-independientes pugnando por su autonomía frente a emperadores, reyes o señores feudales. Pero las ciudades-Stato fueron organizaciones que no merecen el aditamento porque, para ser verdaderamente Estados les faltó ámbito espacial y dimensión demográfica —eran Andorras o Mónacos— carencias que provocaron su “languidecimiento” al lado de las monarquías, protagonistas del Stato.

Las ciudades libres, no ciudades-Stato, aprovecharon las pugnas entre las fuerzas preponderantes, originando cierto poder relativo, sin que ni Venecia ni Florencia merezcan el calificativo estatal, ²⁹ pese a la doctrina, sobre todo alemana, que así lo afirma ³⁰.

Heller en trayectoria sociológica, no histórico-cultural, reconoce a dichas entidades su papel de fundadoras del Estado, aunque paradójicamente admite que el pueblo, uno de los denominados elementos estatales, nació hasta el siglo XVIII aunque agregue “en cuanto a formación cultural” pues cabría preguntarse cómo pudo haber Estado sin pueblo ³¹.

Tales planteamientos provienen de la supervaloración renacentista que trae consigo la teoría artístico-literaria ya refutada, gracias a que el Estado nunca logrará explicarse, sociológica e históricamente, con apoyo en explicaciones elegantes o evanescentes.

28 Chevalier sitúa a Maquiavelo, junto a Bodino, Hobbes y Bossuet “Al servicio del Absolutismo”, pero Nicolo no pudo ser absolutista cuando pugna por organizar el Stato que todavía no consideraba —ni podía estarlo— completamente constituido.

29 El concepto polémico de la soberanía surge en la “oposición del poder del Estado a otros poderes”. G. Jellinek, *Teoría General del Estado*, Trad. y prol. F. de los Rios. Rep. Argentina 1942.

30 Weber, en la obra citada, alude al “tipo de estado-ciudad italiana” p. 311.

31 H. Heller, *Teoría del Estado*, F.C.E., México.

Y así lo Stato supera la “obra de arte” siquiera por el hecho de que los Mecenas encuentran un ambiente muy distinto al medioeval y por ello actúan, obteniendo el respaldo de una organización inminente y no al revés.

Después de la Contrarreforma, al estabilizarse jerárquicamente con sentido estatal y no imperial³², el Pontificado pone en juego todos sus recursos para fortalecer su autoridad perfeccionando un aparato político-administrativo, sobre todo cuando supera los Cismas —como el de Occidente— e inicia una trayectoria “moderna”. Así se explica que la Iglesia-Estado (no Iglesia-Imperio) apoye a la naciente burguesía, en contra de corrientes aliadas a la nobleza. De allí controversias entre güelfos y gibelinos.

Dante en defensa del Sacro Imperio Romano Germánico interpreta todavía su universalismo (“principado único que se extiende a todas las personas en el tiempo”) según el libro III de *De Monarchia*, rechazando analogías entre la luna y el sol lo mismo que la clásica donación de Constantino consistente por la cual, al trasladarse la sede máxima de Roma a Bizancio adquirió el Papa “jurisdicción” en Occidente, pues ni el Emperador podía hacerla ni Silvestre aceptarla, como demostró Lorenzo de Valle.

Pero ese alegato “imperial” tuvo motivaciones muy concretas. En 1255 la pugna entre Federico, hijo del Emperador Enrique V y Lotario, sostenido por el poderío papal, dividió a gibelinos y güelfos. Florencia —güelfa hasta 1300— trajo blancos y negros, convirtiéndose aquellos en gibelinos. Y el gran poeta, desterrado de su ciudad, nunca pudo volver, condenando, en revancha, a los güelfos a todos los tormentos infernales. *De Monarchia* implica defensa y consolación de los vencidos, protesta de los desterrados.

El resentimiento dantesco en contra del Papa y sus partidarios, no impide a la Iglesia, mucho más moderna que la anacrónica apología imperial, triunfar pre-estatalmente, pese a la opinión en contrario de quien fue mejor poeta que político.

Hay precedentes anti-imperiales en la tradición eclesiástica, es decir, tendencias particularistas, pues ya San Isidro reitera a Orosio y afirma la grandeza del visigodo frente al invasor romano. Y contra prueba que el Papa tenía sobrada razón independiente-

³² En otra oportunidad desarrollaremos la tesis de que el verdadero imperio fue la Iglesia. Para mayor información ver José Salvador Guandique *Realidad y Sentido del Estado y Formaciones históricas del Estado*.

mente de las ciudades italianas, botín en la lucha aquel paso de Iglesia-Imperio a Iglesia-Estado, llegando por ello Dante el umbral del Renacimiento sin merecer el calificativo de “moderno”.

El imperio medioeval choca con lo Estado precisamente en Italia dividida por múltiples regímenes, campo de batalla para Francia o España, como de Carlos VIII, Luis o Francisco I, mientras los Reyes Católicos propician la fusión de los señoríos peninsulares, dándole impulso al proceso liquidador de la diáspora característica del Medioevo, aunque ni Fernando ni Isabel logran construir el Estado —que se llama con manifiesta impropiedad Moderno— el cual amanece con Felipe V, yendo siempre las ciudades italianas a la zaga, entre otras causas por carecer de ejército permanente y de eficaz administración pública.

El Estado no es, en el Renacimiento, mera teoría o doctrina sino organización que va perfilándose en Francia o España antes de Italia o Alemania como posibilidad fáctica y proyecto jurídico fundamental que configurara lo *moderno* hasta construir su factor específico, pues más que “nueva” civilización o cultura lo Stato tipifica el ciclo postmedioeval.

El Estado apunta un fenómeno esencial y primario que ha persistido por sobre la “exaltación del individuo” eso *uomo universale*, capaz de todo, agrupando en abigarrado polifacetismo, extraordinaria floración, típica del Renacimiento como preludio de los llamados tiempos modernos. Lo estatal, mejor que nociones abstractas o exégesis artificiales, constituye estructuras distintivas a las que podría atribuirse, con mayor eficacia, el elevado rango de sujetos en la historia, mejor en la sociología ³³.

B I B L I O G R A F I A

- Jacobo Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Trad. R. de la Serna, Ed. Losada, B. A.
- José Vasconcelos, *Pitágoras, una teoría del ritmo*, Ed. Cultura, México, D. F. 1921.
- José Salvador Guandique, *Ensayo sobre la realidad y sentido del Estado*, México, D. F. 1945.
- Proyecciones* Ed. del Ministerio de Educación. San Salvador, El Salvador, 1957.

³³ Splenger postula las culturas como organismos y a la historia del mundo su biografía colectiva; y Toynbee a las sociedades (no a los Estados) como los átomos sociales con los que tiene que tratar el estudioso de la Historia. Ver Pitikim A. Sorokin “*Las Filosofías Sociales de Nuestra Epoca de Crisis*”, Trad. Eloy Torreón. Ed. Aguilar, Madrid, 956

- Walter Peter, *El Renacimiento*, Ed.
- Aristóteles, *Política*. Colec. Austral, B. A. 1951.
- Jacob Wasserman, *Cristóbal Colón*. Ed. Ultra, Santiago de Chile.
- Jellinek, *El Estado Moderno y su derecho*, Madrid, 1915.
- Maquiavelo, *El Príncipe* (comentado por N. Bonaparte). Colección Austral, B. A.
- Karl Mannheim, *Ensayos de Sociología de la Cultura*. Trad. M. Suárez Aguilar, S. A. Madrid, 1957.
- Francisco Nitti, *La democracia*, Madrid, 1932.
- Erasmus, *Elogio de la locura*, Colección Austral, B. A.
- Alfred Weber, *Historia de la Cultura*. Ver. esp. Luis Recaséns Siches. Fondo Cultura Económica, México, D. F.
- J. J. Chevalier, *Los Grandes Textos Políticos desde Maquiavelo a nuestros días*, Ed. Aguilar, Madrid, 1957.
- H. Heller, *Teoría del Estado*. F. C. E. México.
- G. Jellinek, *Teoría General del Estado*. Editora Continental, México.
- Fraga Iribarne, *La crisis del Estado*, Aguilar, Madrid.
- Torres, M. de Aguilar, *Teoría de la política racial*, Aguilar, Madrid.
- Pitirim A. Sorokin, *Las filosofías sociales de nuestra época de crisis*. Trad. de E. Terrón, Ed. Aguilar, Madrid, 1958.
- Regis Jolivet, *El tomismo y la crítica del conocimiento*.
- Marcelino Menéndez y Pelayo, *La ciencia española*. Ed. Emecé, B. A., 1946.